



Academia Nacional de la Historia de la República Argentina

BOLETÍN ONLINE

PDF descargable | www.anhistoria.org.ar

Año I, Nº 4 (Diciembre de 2012)



Temario
David Peña y el fomento del teatro nacional
Mesa redonda: Homenaje al académico Américo Tonda
Sesión Pública del 13 de Noviembre: Entrega de Premios Egresados y distinciones a donantes
Pensar la Historia



Academia Nacional de la Historia de la República Argentina

David Peña y el fomento del teatro nacional

Por la Prof. María Sol Rubio García

El teatro en la Argentina, hasta comienzos del siglo XX, se reducía a la puesta en escena de obras que giraban en torno al "género chico" y al sainete criollo, costumbrista y de tema gauchesco.

Sin embargo, en los albores del nuevo siglo, jóvenes autores y un grupo cada vez más numeroso y profesional de artistas comenzaron a pensar en revitalizar la escena teatral argentina.

Entre los nuevos autores del género dramático se encuentra David Peña (nacido en Rosario en 1862, fallecido en Buenos Aires en 1930) quien no sólo aportó numerosas piezas que fueron llevadas a escena, sino que durante toda su vida tuvo como objetivo primordial luchar por la institucionalización y profesionalización del género. Es por ello que desde las páginas de periódicos o revistas (tanto propias como ajenas) insistió reiteradamente en buscar soluciones para otorgar relevancia a la actividad dentro del campo cultural, (sean organismos que formen y contengan a los autores y artistas, como la búsqueda de apoyo del Estado nacional para solventar las iniciativas).

Ahora bien, hay algunas afirmaciones de Peña sobre el teatro nacional que resultan, al menos, controversiales. En varios artículos se animó a sostener que el teatro circense o los dramas gauchescos no constituían el "ser nacional", pues "faltan los personajes verdaderos de la Revolución, de la Independencia, de los grandiosos hechos civiles". Desde su perspectiva, los sainetes y dramas criollos ofrecían un panorama reduccionista sobre la identidad argentina pues no representaban los factores más relevantes de la cultura argentina. Esto no debería sorprendernos: Peña se estaba manifestando en contra de aquella dramaturgia que había caracterizado a los escenarios nacionales en el período 1880-1910, signada por afanes modernizadores de la cultura, por ejemplo, a partir de las campañas de alfabetización, la incorporación de tierras como consecuencia de la campaña al "Desierto" y la reconfiguración social producida por el aluvión inmigratorio. Este último punto reviste singular importancia y es necesario hacer una breve aclaración: como afirmó hace ya varios años Adolfo Prieto "paradójicamente, en ese aire de extranjería y cosmopolitismo, el tono predominante fue el de la expresión criolla [...] que se constitu-

yó sobre una singular imagen del campesino y su lengua" Por lo tanto, la literatura criollista (y con ella los dramas gauchescos) constituyeron un elemento legitimador, una expresión de nostalgia y una forma visible de asimilación. El público lector y espectador no era el mismo en 1880 que en 1910.

Peña entendió esta diferencia y por ello propuso insistentemente ofrecer un teatro y una literatura acorde con los tiempos del Centenario.

Toda literatura construida con posterioridad al período 1880-1910 debe ser interpretada como respuesta a aquello. Hacia 1910, el entorno era diferente: si bien seguía signado por una composición social con un alto porcentaje de extranjeros, las nuevas generaciones de hijos de inmigrantes habían incorporado la identidad argentina, proceso en que cabe asignarle un papel predominante al Estado a través de la promoción de

la escuela pública y el servicio militar obligatorio. En este contexto, la literatura criollista o gauchesca no tenía ya el lugar cumbre que había ocupado años anteriores aunque, sin embargo, tuvo una alargada pervivencia.

Durante esos años se produjo el momento de afianzamiento del teatro -especialmente referido a la temática nacional- cuyo éxito radica tanto en la aceptación del público como en la proliferación de actores y escritores por un lado, y de empresarios que financiaban la actividad por el otro.

A partir de 1900, se multiplicaron las compañías nacionales -proceso que se inició con la separación de la familia Podestá- y los intentos de institucionalización y agremiación se profundizaron. Por ejemplo, se creó la Sociedad de Autores Líricos y Dramáticos (1901).

La mayoría de los especialistas consideran a David Peña como el dramaturgo "fundador del drama histórico" y uno de los autores más prestigiosos y exitosos del período 1900-1920, junto con Roberto J. Payró, Gregorio de Laferrère y Florencio Sánchez, aunque la historiografía posterior decidió no recordarlo. Con la renovación generacional de autores también se modificaron los temas e inquietudes; por lo tanto comenzaron a verse sobre las tablas, con mayor frecuencia, obras que trataban



David Peña y miembros de la redacción del período "Diario Nuevo".



Academia Nacional de la Historia de la República Argentina



Dibujo de David Peña hecho por L. Casciati.

problemas de la actualidad, la revisión del pasado argentino o las nuevas costumbres arraigadas en una sociedad cada vez más cosmopolita.

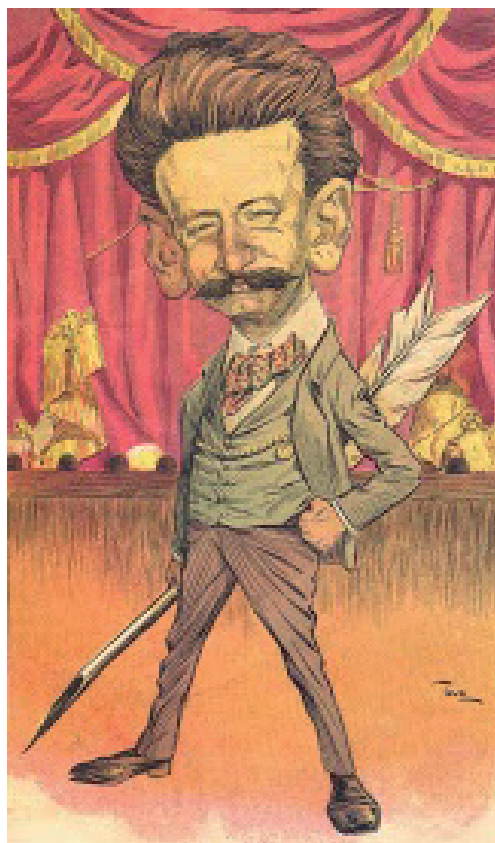
Peña tuvo una larga trayectoria como autor teatral. Sus primeras piezas fueron elaboradas en la adolescencia cuando presentó *¿Qué dirá la sociedad...?* y *La lucha por la vida*, dos dramas en tres actos y en verso, de marcada influencia romántica. Si bien la crítica fue muy dura con él, la representación de las obras fue exitosa e incluso tuvo que trasladarse de Buenos Aires a Rosario por el caudal de público recibido. Para Peña, los comentarios críticos recibidos, lejos de empujarlo a dejar esta tarea, lo impulsaron a seguir adelante y perfeccionarse. El propio Peña cuenta que el mejor consejo se lo dio su amigo y protector, el Dr. Nicolás Avellaneda, cuando al cabo del primer estreno le dijo "El teatro es grande. Es tribuna, es cátedra y es púlpito". Estas

palabras calaron hondo en el joven rosarino que durante los años posteriores decidió estudiar con mayor profundidad, seriedad y empeño los temas que pretendía abordar. También comenzó a leer piezas clásicas –en especial, Shakespeare– y literatura referida al teatro romántico.

A partir de ese momento logró unificar sus dos pasiones: su amor por la historia y el conocimiento del pasado argentino, y su vocación de dramaturgo. Ello lo impulsó a pensar la revisión de la vida de algunos protagonistas de la historia argentina y la necesaria reestructuración que debía hacerse en los ámbitos teatrales.

Peña sabía que las instituciones existentes que agrupaban a los participantes de esta actividad eran endebles y contaban con escaso financiamiento por parte del Estado. Es por ello que comenzó a escribir en los medios de comunicación sobre el estado de la actividad teatral, sus fallas –estilísticas y presupuestarias– y denunció, de manera a veces solapada, y otras en forma directa, la ausencia del Estado nacional en la promoción de este género artístico.

Así, en 1903 publicó una causerie en la revista *Ideas* (dirigida por Manuel Gálvez) en donde narra la charla entre un autor teatral y un personaje público vinculado al Estado. Allí, en forma de diálogo expuso su acérrima crítica al estilo gauchesco y a la



Caricatura de David Peña hecha por "Caras y Caretas".

inacción de los funcionarios públicos para promover esta actividad. Proponía métodos de financia-



Academia Nacional de la Historia de la República Argentina

ción -por medio de accionistas privados y públicos- y becas -que debía ofrecer el Estado- para aquellas familias que querían dedicarse al teatro y que no contaban con los recursos suficientes como para afrontarlo. Años más tarde, desde las páginas de la revista Atlántida, publicó un breve artículo en el cual profundizó sus opiniones y críticas sobre el estado de la dramaturgia argentina. Nuevamente generó un debate acerca del estado de esta actividad y volvió a insistir en la necesidad de formar un teatro propio que tuviera como base la pureza del idioma nacional, que fuese interpretado por actores argentinos y que reflejase la "verdadera historia y cultura" del país. Es así como volvió a cargar sus tintas contra el tipo de teatro de la generación anterior al que consideraba influenciado por los europeos -sobre todo, por los inmigrantes que llegaron al país a partir de 1880- que no lograban reflejar sino lo más vetusto y pintoresco de la sociedad argentina de antaño. Para otorgar mayor significación a sus opiniones, afirmó que "el teatro es el más antiguo y el más genuino reflejo de la cultura de un país" y que, por esa razón, había llegado la hora de imprimirle rasgos determinantes. En definitiva, nuevamente estaba insistiendo en la necesidad de valorar el drama histórico que diera a conocer al gran público su pasado y su identidad.

Es interesante tener en cuenta estas perspectivas para luego analizar la elaboración de obras de teatro de temática histórica que presentó entre 1906 y 1924, entre las cuales podemos destacar: Facundo (1906), Dorrego (1909), Liniers (1917) y Alvear (1924). En todos los casos, y cómo él mismo había manifestado anteriormente, la intención de fondo era presentar controvertidos protagonistas de la historia argentina para ofrecer al público asistente su visión del pasado.

Cabe recordar que sus escritos sobre historia le valieron el respeto de sus contemporáneos, el ingreso a cátedras universitarias y a la Junta de Historia y Numismática. Además, los historiadores que se han ocupado de su obra, distinguieron este aspecto de su vida intelectual, en particular, su trabajo sobre Juan Facundo Quiroga.

En los primeros años del siglo XX se produjeron profundos debates sobre el pasado argentino que pusieron en tela de juicio la construcción historio-

gráfica que habían realizado sus predecesores. La gravitación que tenían las ideas de Peña en las cátedras universitarias no las tenían aún para el gran público y es por esa razón que buscó incorporarlas desde el teatro. En definitiva, el objetivo que perseguía era -como afirma Marcelo Montserrat- indagar "el pasado humano con vistas a su empleo pragmático, político social, en un presente sobre el que desea actuar".



David Peña junto con Beccar Ibañez y Alfredo Palacios durante un encuentro de periodistas.

Los estrenos de sus obras de tema histórico no estuvieron exentos de fuertes polémicas y duras críticas por su renovada visión sobre el pasado argentino. El profundo debate que se suscitó luego del estreno del drama Facundo despertó fuerte polémica entre los espectadores por su reivindicación histórica aunque

esto generó mayor interés por la pieza y resultó un éxito de audiencia. Ese era el estilo de Peña: un autor provocativo y activo. En síntesis, hemos intentado bosquejar un panorama de la cultura de la Argentina del Centenario, en este caso, desde la perspectiva de David Peña sobre el teatro nacional. Es indudable que este trabajo deberá ser ampliado y profundizado, pero el objetivo de estas breves páginas era el de sentar las bases para una investigación posterior en la que se que analicen todas sus obras de teatro y luego determinar cuál era la complejidad de la actividad entre los años 1900 y 1920.



Academia Nacional de la Historia de la República Argentina

Mesa redonda: Homenaje al académico Américo Tonda.

El día 29 de noviembre a las 18.00, en la sala de conferencias de la Academia, se realizó la Mesa Redonda sobre: *"La historia religiosa del siglo XIX argentino. Homenaje al académico Américo Tonda"*.

En la misma, disertaron los doctores: Roberto Di Stéfano, sobre: *"La manzana de la discordia: los debates en torno al presupuesto de culto en el Estado de Buenos Aires (1853-1863)"*; Valentina Ayrolo sobre: *"Biografía y procesos históricos a través de las historias de vida de clérigos"*; e Ignacio Martínez sobre: *"El ejercicio del patronato y las mutaciones de la soberanía en la Argentina confederada"*. La mesa fue coordinada por el Dr. Miguel Ángel De Marco.





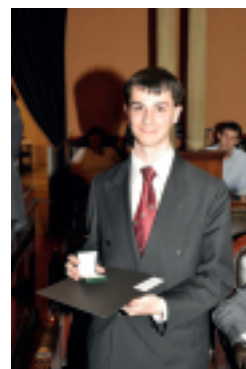
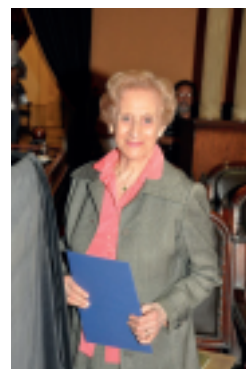
Academia Nacional de la Historia de la República Argentina

Sesión Pública del 13 de Noviembre: Entrega de Premios Egresados y distinciones a donantes

El martes 13 de noviembre, se realizó en el antiguo recinto del Congreso Nacional, la sesión pública especialmente convocada para la entrega de medallas y diplomas correspondientes al Premio Egresados con mayor promedio en las carreras de Historia.

A continuación, se entregó el diploma de reconocimiento a las señoras Siglinda Teresa y María Belén Ramírez Gaito, Laila Neffa de de la Plaza, a los señores Julio Ramírez Gaito, Mariano Espina Rawson y Alfredo Barraza, y a la empresa Aluar S.A.I.C., por haber enriquecido con sus donaciones el patrimonio de la Corporación.

El acto fue cerrado por la conferencia del doctor César A. García Belsunce quien disertó sobre: "Pensar la Historia".





Academia Nacional de la Historia de la República Argentina

Pensar la Historia

Por el Académico de Número Dr. César A. García Belsunce*

Pensar la historia puede entenderse de tres maneras distintas. Primero como pensar el pasado, el tiempo que fue y ya no es; segundo como pensar el método con que nos atrevemos a hurgar en ese mundo recóndito y esquivo; tercero como pensar la escritura de la historia. Temas cada uno de ellos demasiado vastos para ser tratados en esta breve exposición y los tres juntos decididamente inabarcables. Por eso me limitaré a un ligero esbozo de la cuestión, a una especie de invitación para que cada uno de ustedes lo siga pensando posteriormente, y tengo la tentación de desearles que lo piensen durante toda su vida.



Pensar el pasado. Tenemos que tener conciencia de que trabajamos con restos, migajas de la historia, como los restos de un banquete donde los comensales y sus alimentos han desaparecido y apenas nos quedan algunos mendrugos y las salpicaduras del mantel para reconstruir el acontecimiento. La mejor colección documental, ante la cual se despierta alborozado nuestro instinto investigador, no es más que un resto. Pero estos restos son importantes porque son lo único que nos queda. Retomando la imagen del banquete no vemos los rostros de los asistentes, el bullicio de sus charlas, sus risas y enojos, sus vestidos. Una invitación olvidada nos hará saber el motivo de la reunión y las manchas de las servilletas la calidad de los vinos y del servicio y de allí el nivel social de la fiesta.

¿A dónde conduce este ejemplo? A que no sólo debemos leer los documentos sino pensarlos, en el sentido de meditarlos. Y pensarlos en su contexto, que se refiere no sólo al tiempo sino también al espacio. Y tanto tiempo como espacio no se limitan al del asunto elegido. Como la historia es vida del hombre en sociedad sus límites son imprecisos y las

interacciones e influencias son múltiples. Por eso debemos estar en guardia contra las interpretaciones "aldeanas" de la historia. El "nosotros" implica siempre a "los otros" y sólo hay dos maneras de concebir a estos: un criterio de vecindad, donde su existencia se reconoce tan legítima como la nuestra, o un criterio de hostilidad, donde se subraya la prevención ante las diferencias.

Vecindad y hostilidad han coexistido en muchas circunstancias y la labor del historiador es estudiarla, escudriñar los matices, los diversos puntos de vista, y sobre todo comprender a unos y otros. La historia aldeana, isleña o nacionalista, como se la quiera denominar, será siempre una historia estrecha, incompleta y equivocada.

Otro peligro que acecha al historiador es el anacronismo, aunque esté más prevenido contra él. Pero he leído trabajos universitarios recientes que utilizan conceptos del siglo XIX o del XX para describir sociedades mucho más antiguas. Por ejemplo, nadie puede dudar del aporte de Carlos Marx a la renovación de la historia. Pero Marx concibió el concepto de "clase" para explicar la sociedad de su tiempo y lo publicó por primera vez en su libro "La sagrada familia" en 1847. Pues bien, creo que el propio Marx se indignaría al ver aplicada su idea de "clase social" al siglo XVI.

Este tipo de anacronismo es muchas veces el simple resultado de usar un cliché, de no tomarse la molestia de pensar una denominación distinta para un fenómeno diferente.

Pensar el pasado es aprender a leer entre líneas los documentos, conocer el lenguaje de cada época y los cambios de significación de las palabras según su tiempo y su medio social, es tratar de ponerse en la piel de los protagonistas, comprender sus fobias y sus intereses. Saber leer también los números cuando de ellos se trata, pues las cifras también traslucen u ocultan significados.



Por último, pensar el pasado exige imaginarlo. No con una imaginación desordenada y fantasiosa, sino con la prudente y necesaria para unir y vincular



Academia Nacional de la Historia de la República Argentina

los datos que sobreviven y colmar el vacío que los separa. Porque hay cosas que no han quedado escritas pero que sucedieron: en nuestras batallas estivales el polvo que levantaban las caballerías dificultando la visión, el olor a pólvora, la sangre que se mezclaba con el sufrimiento de los heridos, las imprecaciones del odio y los ayes del dolor, las cuarteleras recorriendo el campo en busca de sus hombres, el sol dando el último color al rostro de los muertos. Nada de eso está escrito, pero vaya si existió! El historiador que lo ignore no entenderá lo que pasó realmente.

Pensar el método histórico. No voy a repetir aquí todo lo que ya saben sobre la metodología de la historia. Simplemente quiero subrayar, ya que antes hablé de la historia "aldeana", que el método histórico tampoco debe ser aldeano. La historia como ciencia no puede ignorar las ciencias afines. La antropología, la arqueología, la politología, la demografía, la geografía, la literatura (esa gran descubridora de realidades), la sociología, la semiótica y otras más. Qué caudal inmenso para aprovechar! Pero será de provecho mientras se utilice con cautela, para enriquecer el método histórico y no para sustituirlo.



Desde hace un tiempo está de moda el uso de modelos. Este uso es lícito en sí mismo, pero no lo es utilizarlos porque es una moda. Y pregunto ¿de qué modelo se trata? Normalmente se recurre a modelos creados por la sociología, sin poner atención que han sido creados para explicar realidades totalmente distintas a las que están bajo estudio. El investigador debe primero establecer el grado de relación que hay entre la sociedad para la que se creó el modelo y la quiere estudiar; de lo contrario se perderá en el camino. Y ¿por qué recurrir a modelos sociológicos en vez de crear los propios modelos históricos? No es fácil, pero es posible. Y si se logra habrá que tener cuidado de no forzar la realidad para que encuadre en el modelo creado. Éste puede dar una explicación válida, pero difícilmente una que sea excluyente de toda otra. El pasado es multifacético y además de causalidades contiene casualidades. La psicología nos ha enseñado el valor de la pluri-motivación en los individuos. También existe en las comunidades y las sociedades.

Por fin, hay que pensar la escritura de la historia. Los

grandes maestros de la historia han sobrevivido como tales, no porque hayan escrito historias definitivas –que no las hay ni las habrá– sino porque dejaron libros bien escritos. Tucídides y Jenofonte han sido corregidos y refutados a través de los siglos, pero nadie nos puede privar del placer de su lectura y hasta de la atracción del suspenso de algunos capítulos.

Nadie escribe una historia para sí mismo. Se escribe para transmitir. ¿Y cómo transmitir si no se redacta con claridad y precisión y en forma atractiva? Algunos nacen con el don de la escritura, otros deben adquirirlo. Para eso debemos leer mucho, muchísimo. No solamente libros de historia, sino los clásicos de la lengua, de ayer y de hoy. He leído con aprensión tesis escritas en una jerga pretendidamente universitaria, inútilmente pedante, donde se quiere impresionar al lector con palabras difíciles y giros rebuscados, que parecen resucitar lo peor de un gongorismo decadente. Por eso me animo a exhortarlos a que recuperen la claridad, la escritura tersa, donde el pensamiento se desliza con naturalidad, donde el concepto brille por su sencillez, donde el adjetivo no sea un adorno sino una descripción.

Para terminar, ustedes, graduados con honores, han concluido la primera etapa del aprendizaje de la historia. Aunque los espera un largo camino de esfuerzo, yo que estoy en el otro extremo de la carrera, puedo decirles que me congratulo de ver a quienes están dispuestos a tomar la antorcha que vamos dejando. Tendrán por delante unos cuantos obstáculos, algunos sinsabores y abundantes éxitos, pero en los altibajos de vuestras trayectorias estará siempre gozo de hacer lo que les gusta. Para este placer no hay jubilación.

Ustedes y nosotros debemos tener siempre presente que nuestra misión no es sólo reconstruir lo que pasó sino también transmitirlo a quienes nos siguen. En ese sentido somos los garantes del humanismo, pues somos los custodios de la tradición, los guardianes de las raíces, los cimientos de la identificación personal de cada uno con el mundo que hemos perdido, pero que permanece en nosotros por nuestros genes, nuestros hábitos, nuestros recuerdos.

Decía ese gran humanista que fue Etienne Borne que la historia asegura la solidaridad de las genera-





Academia Nacional de la Historia de la República Argentina

ciones aparentemente contrarias. Una generación se va y otra llega, pero lo que queda, luego de acalladas las naturales exageraciones y rencillas, es darle un nuevo rostro a los valores heredados, que han sido opacados por el uso o cuestionados por el abuso. En este sentido, creo que nuestro Presidente ha elegido bien a una antigualla como yo para hablarles a ustedes y a su pujante juventud.

Tengan siempre presente que la pereza es la gran enemiga del intelectual. De hecho es la gran enemiga de la inteligencia.

La pasión indagatoria ha conducido a los más grandes descubrimientos científicos y también a los mejores logros de las humanidades. Como historiadores deben tener la tenacidad del labrador, la sagacidad del detective, la paciencia del santo, la humildad del pecador arrepentido y la imaginación del poeta. La tenacidad los llevará a no



detenerse ante los obstáculos, la sagacidad a penetrar los entresijos de las situaciones complejas, la paciencia a no descorazonarse ante la falta de pruebas terminantes para decidir una opción interpretativa, la humildad para aceptar las críticas que enriquecen y para comprender que los éxitos son todos provisorios, la imaginación para poder relacionar los cabos aparentemente sueltos de la búsqueda.

Y sobre todo, amad vuestra profesión, porque el amor es la gran emanación del espíritu de Dios. Si logran esto, su vocación por la historia seguirá siendo, aunque pasen muchos años -y le tomo prestada la expresión a George Steiner- seguirá siendo una pasión intacta.

**Palabras pronunciadas en la sesión pública de la Academia, del 13 de Noviembre de 2012.*

